



El virus idiota

A propósito de anarquismo y autonomismo, ayer y hoy.

Por Eduardo Sartelli

Historiador, director del CEICS
y autor de *La plaza es nuestra*

En la actualidad, una de las corrientes políticas más populares en el seno de las masas movilizadas, es la que se conoce como "autonomismo", aunque suele responder también a "anti-capitalismo", "anti-globalización" o "anarquismo". Mientras la expresión "anti-capitalismo" no significa nada, igual que "anti-globalización",¹ la denominación de "anarquismo" esconde una estafa política y una mentira histórica. Toni Negri, John Holloway, Paolo Virno, toda la caterva que desciende de Foucault, el autonomismo de las asambleas populares argentinas del 2002, las agrupaciones estudiantiles "independientes" y los MTD, gustan de coquetear con una trayectoria de lucha que les queda grande y a la que envilecen al mentarla como propia.

En efecto, tras la reivindicación del anarquismo y, por ende, la cosecha de su historia de luchas, el autonomismo contemporáneo hace pasar un programa político, una estrategia y una metodología completamente enemigas del movimiento libertario en su mejor época. El anarquismo argentino de comienzos del siglo XX, igual que el de la Guerra civil española, se construyeron, en realidad, contra el autonomismo. Mal puede éste, reivindicar hoy una herencia que combatió acerbamente en su momento.

Una prosapia lamentable

Es propio de las corrientes autonomistas reivindicar la ausencia de organización y el rechazo de la política y los partidos políticos. "Horizontalismo" y "apoliticismo" serían los ingredientes básicos del pastel "democrático": nadie determina a nadie, no existe representación alguna, no se construye ningún funcionario permanente ni, mucho menos, burocracia alguna. El resultado obvio, es que toda reunión de personas que se dé una dirección política, termina alienando la libertad de sus miembros, es decir, constituyendo una dictadura. Ningún objetivo de largo plazo puede figurar en la agenda del autonomismo y todo programa elaborado con antelación a la reunión de los miembros del colectivo, resulta sospechoso de manipulación. Todo debe brotar de "allí mismo", puesto que todo acuerdo previo puede ser visto como "aparato" de cúpulas. Las iniciativas individuales deben ser privilegiadas ante toda acción colectiva y, en principio, no existe ninguna política concreta que no pueda expresarse y llevarse adelante. La autonomía de los participantes en tanto individuos aparece como la preocupación más importante, mayor aún que la de organizarse contra el poder existente. De hecho, el autonomismo se niega a constituirse en poder y declara que todo intento en ese sentido sólo puede dar por resultado la creación de una nueva dictadura. Estas tonterías filosóficas elementales son esgrimidas como la última novedad del pensamiento humano. Son, sin embargo, tan viejas al menos como el capitalismo y, ciertamente, más viejas que el marxismo. El autonomismo es el nombre actual de una de las dos corrientes que han conformado históricamente el anarquismo: el anarquismo anti-organizador o individualista, cuyo primer representante moderno fue Max Stirner, pero que hunde sus raíces en el liberalismo de la tradición inglesa, en particular, John Locke. De hecho, pensadores como Bentham y Mill no resultan ajenos al panteón anarquista individualista. Stirner, un predecesor poco conocido de Nietzsche (y a través suyo de Weber, Foucault, Negri y Holloway), se hizo famoso con *El único y*

su propiedad, texto en el cual hacía gala de un individualismo extremo con el que pretendía superar el "humanismo" de los hegelianos de izquierda (Bauer, Hess, Feuerbach). El egoísmo aparecía en su discurso como una negación de toda fantasmagoría fetichizada que viniera a reemplazar a Dios. No existe otro que yo mismo, no hay más ley que mi voluntad ni más derecho a la propiedad que la que cada uno pueda poseer. La libertad consistía, consecuentemente, en el dominio de los demás y toda forma de democracia social implicaba la subordinación de los fuertes a los débiles. El camino que lleva al superhombre nietzscheano es fácil de recorrer. El que lleva al nazismo, también.²

En todos los casos, se trata de la fetichización del individuo, que aparece desgajado de toda textura histórico-social, constituyente de la sociedad y no constituido. Es el individuo asocial de las "robinsonadas", que Marx criticaba en la economía burguesa. Como tal, una fantasmagoría que no tiene nada que envidiarle a Dios, la Humanidad, la Moral y otros aparecidos por el estilo. Consecuencia lógica de esta concepción es la externalización de las relaciones sociales y las instituciones por ellas constituidas: el Estado, la sociedad misma, son externos al individuo, que parece poder existir al margen. La única forma de llegar a esta conclusión es a través de un subjetivismo extremo, según el cual basta con que el individuo niegue la realidad que le disgusta, para que ésta deje de existir al menos para él. Como no podía ser de otro modo, el resultado es la construcción de una nueva moral, de corte elitista, subjetiva e individualista que sólo puede dar lugar a dos estrategias políticas: el terrorismo o el mesianismo pasivo.

Una segunda corriente del anarquismo, que tiene afinidades con el socialismo, entronca con Kropotkin y se la conoce como anarquista organizadora o anarco-sindicalismo. El punto de partida de esta variante es el reconocimiento del carácter social del individuo, de donde se deduce la necesidad de construir una entidad supra-individual que preserve la libertad individual. Como en Marx, en esta corriente, la sociedad es el presupuesto de la libertad y no su enemiga. Como el socialismo, el anarquismo organizador se presenta ante la sociedad con una alternativa de organización social. Este experimento político tuvo en la Argentina uno de sus desarrollos más importantes. Sin embargo, debió batallar duramente en sus propias filas antes de ver la luz y protagonizar una de las páginas más gloriosas de la historia del anarquismo mundial.

La lucha del anarquismo contra el autonomismo³

En la Argentina de fines del siglo XIX, las tendencias organizadoras del anarquismo debieron librar un largo combate contra el autonomismo, originalmente dominante. A comienzos de los '90, esa corriente, protagonizada sobre todo por intelectuales, se autodenominaba "anarco-comunismo" y editaba el periódico *El Perseguido* (EP). La tendencia organizadora, por el contrario, se conoció como "anarco-socialismo", de influencia italiana y cuyo núcleo duro se encontraba entre los obreros de La Boca. *El Perseguido* rechazaba todo tipo de organización, lo que lo enfrentaba permanentemente con la presión que ejercía el desarrollo de huelgas y sindicatos. Los organizadores, por el contrario, defendían la formación de sociedades de "resistencia" y la acción

huelguística. Según EP, los sindicatos sólo servían para adaptarse al capitalismo y eran perniciosos para la lucha anarquista. Frente a ellos, reivindicaban los grupos "de afinidad": dedicadas casi con exclusividad a la propaganda oral y escrita, eran asociaciones momentáneas, que se formaban para realizar un fin concreto y debían disolverse luego. Coherentemente, EP se opuso a la formación de la primera federación obrera de nuestro país, la Federación de Trabajadores de la Región Argentina: el autonomismo que combatió a la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados (ANT) durante el 2002, inició su vida de la misma manera, 110 años antes.

Entre los defensores de la tendencia organizadora se encontraba Errico Malatesta, que en su paso por Buenos Aires había bregado por esa corriente. De hecho, su influencia persistió a su partida, sintetizada en la constitución del grupo que editó *La questione sociale*. A este periódico se sumarían *El obrero panadero* y *El oprimido*, defensores todos de la tendencia pro-sindical. Se reforzaría aún más con la oleada huelguística de 1895-96 y con el crecimiento del socialismo, decidido impulsor de la organización obrera. A esta tendencia general que calaba cada vez más en el seno del anarquismo, EP respondía con la defensa del terrorismo individual, en especial, con la apología de la dinamita como instrumento de lucha "anti-burgués". Según el grupo Los dinamiteros, "es preciso que conquistemos la libertad y para eso es necesaria la dinamita, pues la fuerza de ésta contrarresta la fuerza que emplean nuestros opresores". Este tipo de declaraciones eran ampliamente elogiadas por EP, igual que se reivindicaba a los terroristas más famosos, como Ravachol, el francés Vaillant o el catalán Pallás. Estupideces como éstas, bastante bien retratadas en la figura del anarquista de *Germinal*, de Emile Zola, no pasaban, en Argentina, de palabrerío vacío, razón por la cual la tendencia organizadora acusaba a su enemiga de charlatanería inútil. El alejamiento que provocaba en los obreros esta prédica terrorista impulsó aún más a los organizadores hacia los sindicatos. Cuando el ciclo de huelgas terminó, en 1896, la corriente pro-sindical iba a alumbrar a su vocero privilegiado por los próximos cien años: *La Protesta*.

Efectivamente, surgido del seno de la corriente organizadora, *La Protesta Humana* (LPH), como se la conoció al principio, sería el núcleo centralizador del anarquismo argentino que protagonizaría las heroicas luchas de comienzos del siglo XX. Junto con *Ciencia Social*, una publicación de carácter teórico, LPH acaparó la defensa de la organización y la acción sindical. Por las páginas de ambos desfilaban las mejores plumas del anarquismo mundial: Pietro Gori, Errico Malatesta, Elisee Reclus, Piotr Kropotkin, Anselmo Lorenzo y Sebastián Faure. LPH va a ser tajante en sus definiciones. Ante la pregunta de un lector acerca de si los anarquistas debían formar un "partido", responde:

"Creemos que por el mero hecho de ser anarquistas, somos un partido, ya que por tal se entiende la coligación de individuos que siguen una misma opinión, o sea, que tienen un ideal común y contribuyen a realizarlo. Un partido puede ser autoritario o antiautoritario, estar organizado o no estarlo." (LPH, 2/1/1898)

Con este tipo de declaraciones, LPH se ganó la acusación de "socialista". De hecho, el anarco-

"La libertad sin socialismo es privilegio e injusticia"
Bakunin

"Sólo lo mío me preocupa"
Stirner

sindicalismo no era más que un partido socialista extra-parlamentario. Actuando en consonancia con esta declaración, LPH llamaba a reconocer la "importancia de la organización profesional", algo que hace explícitamente en sus páginas, en las que da un lugar cada vez más importante a la vida y la lucha de los obreros argentinos. Este desarrollo de LPH va a ser impugnado por un nuevo vocero de la corriente anarco-individualista, *Germinal*, que comenzó a editarse en Buenos Aires y Rosario a fines de 1897. Adelantándose a los autonomistas actuales, los de *Germinal* acusarán a LPH de "socialismo estatal", de desvalorizar la lucha "espontánea" del pueblo y de constituirse en una "élite" de "elegidos", una "aristocracia de los talentosos". Cuestionaban, además, su derecho a "dirigir" y "organizar", porque deformaría la iniciativa revolucionaria de las masas. Según *Germinal*, en lugar de organizadores debe haber "propagandistas" que actúen espontánea e inesperadamente en todas partes, lo que dificultará el accionar de la policía. Había que estimular las huelgas violentas, la destrucción de materias primas y el incendio de fábricas. De abierto tono stirneriano, *Germinal* elogiaba el egoísmo como factor de progreso y consideraba el altruismo como una forma de salvar a los débiles de la necesaria "selección". La "ayuda mutua" era, entonces, repudiable, porque los fuertes y talentosos no tenían por qué frenar su avance para ayudar a los más débiles. Al igual que con Stirner, el anarco-individualismo sólo confiaba en una sociedad basada en la posesión de los medios de producción por el individuo, es decir, una posición abiertamente pequeño-burguesa. Los anarquistas organizadores del Grupo Libertario de Buenos Aires contestaron a barbaridades como éstas, que tendrían un futuro promisorio bajo el nazismo, lo siguiente:

"El individualismo, en el sentido de repudiar cualquier cooperación ajena y demoler la teoría de la sociabilidad por autoritaria, el aislamiento completo de todos los miembros de la especie, para su mayor independencia; el exterminio de los seres débiles y homogeneización del género humano en una sola raza y nivel físico e intelectual [...] todo eso, en fin, constituye un enloquecimiento tan pronunciado que en verdad esteriliza cualquier propósito de educación popular."

La llegada a la Argentina de Pietro Gori consolidó aún más a la tendencia organizadora, aunque el debate entre ambas corrientes no terminó allí. Por el contrario, hacia fin de siglo un nuevo periódico, *El Rebelde*, tomó la posta dejada por *Germinal*. El siguiente párrafo los pinta de cuerpo entero:

"Como táctica no aceptamos ninguna organización con programa mínimo ni máximo, es decir, no nos queremos ligar a determinadas líneas de conducta, porque estamos suficientemente convencidos de que el individuo debe ser libre de sus facultades, lo que dentro de esa organización con tantos compromisos no lo puede ser, rindiéndose, al contrario, como instrumento ciego al movimiento organizado."

Para esta época, sin embargo, un nuevo período de la lucha de clases volvía a colocar la acción del proletariado en la primera plana de los periódicos, volcando decididamente su fuerza a favor de los defensores de la organización. A partir de allí, y hasta al menos 1922, *La Protesta* y el movimiento anarco-sindicalista



dominarían el panorama e imprimirían una página enorme en la historia del movimiento obrero argentino. No fue sino después, sin embargo, de extirpar el cáncer stirnietzscheano de su propio cuerpo.

Libertad, autonomía e individualismo

Lo propio del anarco-individualismo y de su hijo nacido anciano, el autonomismo, es la concepción del individuo como última realidad y como totalidad autosuficiente. Como tal no es más que la reificación del individuo propia del pensamiento burgués. La idea de que el egoísmo es la forma más adecuada de lograr el mejor resultado social no es más que una burda extensión del análisis de Adam Smith sobre la racionalidad del mercado capitalista. El autonomismo no es, entonces, más que la conclusión lógica de la cosmovisión liberal del mundo, el producto más destilado de los brebajes más ilusorios de la revolución burguesa. De otra manera, no puede comprenderse esa demanda de "autonomía" para el individuo sin renegar de la producción social. Si la producción de la vida es social, el individuo no puede autodeterminarse, ni mucho menos darse sus propias leyes. La utopía autonomista sólo puede realizarse al estilo Robinson Crusoe. Como tal cosa es imposible, porque Robinson no puede ser Robinson sin todo el desarrollo de la sociedad humana corporizada en el capitalismo inglés, el autonomismo se rebela como un imposible.

Surge así la variante "anarquista" por el "estilo de vida": ciertos comportamientos (ser vegetariano, usar drogas, abstenerse de votar, tener costumbres sexuales no habituales, etc.) transforman al fulano en cuestión en un "resistente" interno. Se impone la "body politics": hacer "política" con el cuerpo, mediante "transformaciones" en el aspecto (aros, argollas y otros utensilios por el estilo) o en la estructura física (amputación del pene, moldeado con la grasa corporal, etc.). Dentro de ese "estilo de vida", el anarco-individualista promueve una "moral" que prohíbe alzar la voz, tener pronunciamientos fuertes y definiciones claras. Todo es válido, por lo tanto, toda opinión lo es. Imposibilitado de tomar alguna resolución, todo es duda. El ignorante es, entonces, superior al sabio, el cobarde al valiente, el pusilánime al decidido. Como ser consecuente al extremo con esta política resulta imposible, el reino del autonomismo es el dominio de la incoherencia, la banalidad y el oportunismo más miserable.

En sus relaciones, los autonomistas hacen gala de su concepción burguesa, es decir, negativa, de la libertad: mi libertad llega hasta donde comienza la libertad ajena. O como decía hace un siglo *El Rebelde*: "Haz lo que quieras sin perjudicar el 'haz lo que quieras' del vecino". Sin embargo, dado que el individuo no existe sin la sociedad, ésta es la precondition de su libertad. Esa es la razón por la que no todos somos socialistas, pero todos reconocemos

tarde o temprano el valor del amor o de la amistad. Incapaz de tales relaciones, el autonomista no puede ser otra cosa que un cínico ególatra, un perro de hortelano, un santón ridículo y engreído. Pero lo peor no es eso, que a lo sumo esteriliza la vida de más de un individuo inteligente y de buena voluntad. Lo peor es que su supuesto "radicalismo" se convierte en un obstáculo al desarrollo del poder de los oprimidos. El autonomista no sólo es burgués por su concepción del mundo, sino porque su accionar sólo sirve a la clase dominante.

El autonomismo, hoy como ayer, se nutre de la ignorancia de compañeros cansados de la expropiación política permanente en que se basa la política burguesa. No es extraño que haya tenido su corto verano en la Argentina post-Proceso militar. Frente a ello, sólo cabe recuperar la historia de la lucha obrera y socialista. Muchos de esos compañeros confunden, sin quererlo, su ignorancia con la de la clase. El proletariado ya resolvió estos problemas hace mucho tiempo: hay que evitar la soberbia de creer que la lucha comienza cuando uno llega. Callarse un poco, escuchar y, sobre todo, tratar de aprender de más de trescientos años de lucha de clases, es un consejo elemental. El autonomismo se nutre de esta infancia del proceso revolucionario para plantear una política conservadora. Puede creerse que corporiza la mayor radicalidad posible, pero todas sus "propuestas" son absorbibles por el capital, que transforma en

moda cualquier cosa y escucha cualquier opinión que no pretenda transformarse en ley. Por esa vía, el autonomismo se transforma en un virus parásito que se conforma con habitar eternamente la misma estructura sin animarse nunca a destruirla. Un virus que se divierte en molestar a quienes intentan construir. Un virus idiota.

Notas:

¹Los señores feudales, los esclavistas del sur de Estados Unidos, la China del modo de producción asiático o los indígenas de las pampas argentinas y el oeste americano, también eran "anti-capitalistas". Por su parte, están (o estuvieron) en contra de la expansión capitalista, de la "globalización", todos los mencionados anteriormente más todas las burguesías débiles del mundo y los sindicatos nacionalistas, sin hablar de más de una secta religiosa, como los amish.

²Marx y Engels criticaron estas posiciones en *La sagrada familia* y *La ideología alemana*. Un excelente trabajo que reúne y examina las polémicas en el seno de la izquierda hegeliana es el de Sydney Hook, *La génesis del pensamiento filosófico de Marx*, Barral, Barcelona, 1974.

³Toda la información y las citas de este acápite han sido tomadas del excelente libro de Isaac Oved: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo XXI, México, 1978, de lectura imprescindible para todo interesado en estos temas.

El anarquismo está de moda

Reportaje a Murray Bookchin por Wolfgang Haug.¹

Te quiero preguntar acerca del movimiento anarquista en los EE.UU. porque percibo, de nuestras conversaciones anteriores, que criticás mucho al llamado "anarquismo de estilo de vida". [...] ¿Cuál es la base política y filosófica de tu crítica?

Siempre hubo dos corrientes principales en el anarquismo. Una de ellas viene de la tradición liberal angloamericana, remontándose a John Locke y pasando por John Stuart Mill. Es claro que esta tradición liberal no es en ninguna forma sólo angloamericana, tuvo la misma influencia en otros países. Empieza con la teoría de la autonomía del individuo. Esta teoría dice que hay que partir del individuo para entender cómo es la estructura de la sociedad. Lo mejor de este principio es la tesis del derecho natural, es decir, la noción de que el ser humano nace con ciertos derechos naturales. Pero se deduce de este principio que la sociedad no es más que una acumulación de individuos. Todavía no está claro para los representantes de esta teoría cómo debería funcionar esta acumulación. La vieja tradición planteaba que esto fuera reglamentado por un contrato social. Pero no sólo como el propuesto por Hobbes, Locke, Rousseau, sino también por contratos directos entre los individuos acerca de sus responsabilidades, ventajas, etc. como manifiesta Proudhon en sus ideas. Él trabajó su *Sistema de contratos*, que continúa en la tradición anarquista hasta Kropotkin.

Pero hay otra tendencia en el anarquismo, especialmente desde el siglo XIX, después de la Revolución Francesa, la corriente socialista. No uso la palabra "socialista" aquí en el sentido de los socialdemócratas o de algún partido social sino en un sentido original como Kropotkin usó la palabra. Esta tendencia afirma que el ser humano vive siempre en sociedad y que cada uno, al vincularse con el otro, es producto de ella, influyéndose recíprocamente. [...].

Lo que pasa cada vez más es que la vieja tradición norteamericana individualista, desaloja la tendencia socialista con más fuerza. Por eso el anarquismo en los EE.UU. y también parcialmente en Gran Bretaña- está adquiriendo un perfil cada vez más individualista. En los

EE.UU esta tradición individualista es aún más marcada [...].

Por lo tanto, lo que pasa hoy es que se está desarrollando un bohemismo individualista, en vez de un movimiento social [...]. En vez de una política que intenta organizar ideas libertarias conforme a la gente, todo acaba en el concepto de *mi autonomía*: hoy en día una gran palabra de moda. Sé que ustedes tienen autonomistas en Alemania, que hay espontaneístas autónomos en Europa, pero en los EE.UU. la palabra significa algo más básico: ¡Yo soy el centro de mi universo!

Así actuó, así me visto, así me comporto como un individuo heroico. Esto puede llevar por una parte, al terrorismo (que no representa ninguna problemática actual, ya que tenemos aquí un terrorismo especial, o sea la pura criminalidad). Por otra parte, lleva psicológicamente a cosas como teñirse el pelo de violeta y ser muy, muy anticonvencional.

Éste es el elemento clave del comportamiento anarquista de hoy en día y eso conduce a un comportamiento anti-organizador, porque predomina la creencia de que la organización significa la subordinación de las unidades individuales [...].

Si puedo interrumpir aquí, ¿qué es lo equivocado del principio de consenso? [...]

Yo también experimenté el principio de consenso en grandes movimientos de masas de unos millares de personas como en la Clamshell-Alliance². En grupos de diez a quince personas que se conocen, que sus ideas ya se intercambiaron y saben cómo los otros se orientan, la decisión por consenso se justifica porque hace posible que tomen decisiones después de un breve debate. Pero cuando se juntan dos mil personas, como ví en la Clamshell-Alliance, el consenso significa, antes que nada, la renuncia obligatoria a una opción diferente de parte de la minoría: ella tiene que votar lo mismo que la mayoría, le guste o no le guste, porque si no se la considera como "no amigable".

Segundo, el consenso en un grupo tan grande significa que, de antemano, la decisión se establece en el nivel común más básico, para

que cada uno pueda estar de acuerdo. Y tercero, lo que pasa es que, como pasó en el asunto Clamshell, los dos mil fueron manipulados por unos pocos oradores, algo que destruyó desde adentro la alianza, uno de los mayores movimientos ambientalistas de mediados de los '70. Una importante problemática de la decisión por consenso es la misma minoría. Ésta debe existir, debe poder continuar trabajando en sus ideas, debe poder desafiar y convencer a la mayoría y no tener que renunciar a sus principios a favor de la unanimidad.

Volvamos otra vez al concepto de autonomía. Vos percibís en esta palabra, más que nada, el concepto de la libertad individual, pero ¿no tiene la autonomía ningún componente social?

[...] es importante acordarse de que la diferencia entre autonomía y libertad es la diferencia entre una sociedad que se ve como una acumulación de individuos y que finalmente es conducida, más que por el Estado, por el mercado libre. Acordémonos de que los teóricos liberales hablaban menos de la libertad que del mercado libre y de que ellos querían moldear la sociedad alrededor de los contratos de comercio, con un mínimo de gobierno. [...] Resumiendo, la diferencia entre autonomía y libertad es que la autonomía es estática, se basa en un individuo que en alguna manera existe por nacimiento, no se basa en instituciones sociales ni en responsabilidades, excepto en las limitaciones negativas, lo que no se debe hacer, lo que perjudica al otro. En la libertad, se sobreentiende que tiene que haber una organización social, que todo, aún la noción de libertad, está sujeto a un desarrollo histórico, que se crearán nuevas instituciones, nuevas formas de la individualidad surgirán y aparecerán nuevas responsabilidades y derechos. [...] [En los EE.UU.] cada vez más jóvenes pertenecen a estos yuppies individualistas, y me da pena decir que muchos de estos se declaran anarquistas. Asumen nociones burguesas, una nueva "intimidación" muy de moda. Se trata de ideas apolíticas, de no involucrarse en asuntos sociales, no de ideas antiestatistas. Es en esta tendencia donde la burguesía y sus creadores de

moda, sus directores de cine, sus medios buscan nuevos y más locos personajes. Por ejemplo, durante la Revolución Cultural en la China de Mao Tse Tung, los uniformes de la Guardia Roja se pusieron de moda en Nueva York y había gente que iba a trabajar a Wall Street con estos uniformes. Más tarde, se puso de moda vestirse completamente de negro y todas las boutiques empezaron a vender remeras negras [...]. Quiere decir que el capitalismo no tenía ningún problema, en absoluto, con esta autonomía. Está de moda, produce nuevas necesidades, nuevas modas y nuevos estilos de vida y todo el mundo se une a ellas [...].

Cuando de este modo los anarquistas construyen sus teorías sobre la autonomía y el consenso contra la tecnología³ y por un nuevo primitivismo⁴, [...] yo lo encuentro trágico. Igual de trágico que cuando individuos indígenas construyen el mito de que ellos están más cerca de la naturaleza y deducen de allí algún privilegio. O cuando algún afroamericano descubre algún ritual nuevo y sobre esa base pretenden lo mismo. O cuando las ecofeministas reivindican que las mujeres tengan derecho a mandar porque son más de la mitad de la población del mundo y están más cerca de la naturaleza por su capacidad para parir. Todo eso tiene la misma consecuencia: impide que se forme nuevamente un movimiento [...]. Me opongo a este tipo de pretensión [...], abogo por organizarse, estoy contra el consenso y por las diferencias de opinión.

Notas:

¹El texto que sigue es una serie de fragmentos tomados del reportaje completo publicado en el libro Bookchin, Liguri, Stowasser: *La utopía es posible. Experiencias contemporáneas*, Utopía Libertaria, Buenos Aires, s/f. Hemos corregido algunas expresiones para mejorar la traducción. La entrevista fue realizada en 1994 y publicada originalmente en *Schwarzer Faden*, n° 52, enero de 1995.

²Actividades de resistencia al reactor atómico de Seabrook a mediados de los años '70. Nota del entrevistador.

³Alusión al periódico anarquista norteamericano *Anarchy*. Nota del entrevistador.

⁴Alusión al periódico anarquista norteamericano *Fifth Estate*. Nota del entrevistador.

Murray Bookchin, norteamericano nacido en New York en 1921, es uno de los principales referentes del anarquismo mundial, especialmente de las corrientes ecologistas. Se inició a la vida política en el comunismo para pasar luego al trotskismo y de allí, luego de la muerte de Trotsky, al anarquismo. Autor, entre otros libros, de *The Third Revolution*, *The Murray Bookchin Reader*, *Remaking Society*, *The Ecology of Freedom*, *Urbanization without Cities*, *The Philosophy of Social Ecology* y *Re-enchanting Humanity*. (E. S.)